

LOS NUEVOS CURAS

LA noticia de unos curas en manifestación, perseguidos por los guardias, hay que reconocer que es atractiva y nueva. El corresponsal de este periódico en Barcelona dice que constituyó un verdadero espectáculo.

Realmente, de esto no había habido. Todos los españoles saben —y se rien mucho los extranjeros cuando lo oyen— que en este país llevamos muchos años situados detrás de los curas: unas veces con cirios, y otras, corriéndoles. Es algo así; y creo recordar que la frase literal, como tantas otras del mejor ingenio político contemporáneo, corresponde a Agustín de Foxá.

En los albores de la República, el pueblo cantaba maliciosamente, con música del himno de Riego, aquello de: «Si los curas y frailes supieran, la paliza que les van a dar...» La paliza fué de órdago. Creo que ese sacerdote inteligente, director de «Ecclesia», padre Montero, tiene el impresionante censo de la que fué, en 1936, «la paliza sangrienta».

Cuando alguien pregunta: ¿Pero en qué ha evolucionado el Régimen? La respuesta, ahora, parece categórica: En que la Policía Armada del país más oficialmente y administrativamente católico del orbe empiece a disolver manifestaciones de curas.

Donde el Concilio ha hecho una verdadera revolución ha sido en los curas jóvenes. Antes del Concilio, la inquietud de las nuevas generaciones de la Iglesia era ya un hecho. Pero el Concilio ha venido a legalizar y a consagrar esa agitación. La Iglesia española tendrá que enfrentarse con un hecho más urgente que el de distribuir su mensaje conciliar al pueblo, como es el de restaurar el orden interno de los propios sacerdotes, animado, y en ocasiones soliviantado, por los llamados en todas partes «curas progresistas». Este es un tema que pertenece en exclusiva a nuestros obispos y cualquier incursión por él sería imprudencia y temeridad.

En un muy poco tiempo se han producido varias manifestaciones de desazón, a cargo de los nuevos curas, y sus exteriorizaciones han sido del dominio público. La Iglesia española, hasta hace muy poco tiempo, era bien apacible. Nunca había tenido el país un régimen político más poroso a la actividad de los sacerdotes, más generoso en los presupuestos con las necesidades de la Iglesia y más tolerante con las acciones avaladas por la jerarquía eclesiástica en todos los niveles. La totalidad de nuestros gobernantes son católicos desde 1936, y desde 1946 la presencia y la influencia de los católicos confesionales en la política, en la economía y en la Universidad, es casi total. Por eso, ante un espectador corriente, sin otras claves que los hechos que están a la vista, la noticia de cien curitas jóvenes corriendo por la vía Layetana, veloces y vibrantes en sus sotanas, dispersados por una energía no anticlerical procedente de un Estado católico, es una de esas paradojas con que siempre se ha enriquecido la vida española y que justifica el lema turístico de que «España es diferente».

Las posiciones extremas de perseguir unas veces a la Iglesia y otras de teocratizar el orden político —que es la realidad histórica en que nos movemos— nos trae un tipo de Iglesia comprometida y, por ello, fácilmente erosionable. La persecución a la Iglesia en este país no ha sido nunca rentable porque ha producido siempre una

reacción a su favor; mientras que metida demasiado en el orden civil o político genera sentimientos anticlericales. En cualquier caso la Iglesia aquí siempre está en danza.

No hemos sabido —desde dentro y desde fuera de la Iglesia— buscarla un sitio a cubierto de la beligerancia social. Si no era suficiente la legítima inmunidad del púlpito, el prestigio de la palabra sacerdotal, la autoridad moral de las opiniones al aire de los textos evangélicos y pontificios, ahora salen un centenar de curas a la calle, alteran las disposiciones de las leyes civiles y se comparan a manifestaciones de ciudadanos en demanda de cosas políticas, o profesionales, o económicas.

El espectáculo de Barcelona, por todo lo que tiene de grotesco, no es edificante. Cada uno puede adscribirse al episodio con arreglo a sus tomas de posición. Pero, en conciencia, no constituye algo de lo que podamos ufanarnos. Parodiando a Chardy, algunos nuevos curas españoles podrían estar ante esta amarga y desconsoladora situación, «entre el Régimen que no nos gusta y los enemigos del Régimen que no nos quieren, estamos como pelicanos en el desierto».

Todos sabemos, poco más o menos, donde están los males de una sociedad oficialmente cristiana. Desde luego no en la Jefatura de Policía de Barcelona, adonde se dirigían los curas manifestantes. La verdad es que no hace falta salir del templo. Allí van los mercaderes; algunos de esos que dan bicocas, o regalan altares, pagan bien las misas de difuntos o dejan herencias o mandas. Si; esos a quienes no les gusta el Concilio y quieren una iglesia gótica cuando todos los seminaristas estudian Sociología, esa ciencia racionalista, y cristianizada urgentemente por los últimos Papas. Desde el púlpito se les ve cuando entran. Vamos a ver ese valor de los curas jóvenes. ¡Echenlos!

Esto tan sencillo, tan al alcance del dueño de la casa que es el sacerdote, exige, ya sé, una gran decisión de ejemplaridad religiosa y seguramente de discutible o de imposible cumplimiento. ¿Pero no sería ese el verdadero progresismo? Ese admirable cura progresista que tenemos en este periódico, demagógico y virtuosísimo —nuestro padre Arias—, sabe que esto es así. El progresismo en la Iglesia, sin embargo, debidamente canalizado, es su brote de primavera. Lo peor de ese progresismo es que tengamos que hablar de «curas vascos» o de «curas catalanes». En este caso es un «progresismo regionalista», que es harina de otro costal. Pedir un obispo catalán, o sindicatos libres, o lo que pida el progresismo político, o el anacratismo local es meterse en un fregado donde las cosas más respetables dejan siempre de serlo en la refriega. Ayer, uno de estos curas le dió un tortazo a un guardia con evangélico atrevimiento que habría puesto colorado a San Francisco. Entonces el guardia, que tenía la porra levantada, miró al cura, entre sorprendido, respetuoso e indignado, se guardó calmamente la porra y le arreó dos guantazos de ida y vuelta, con el mismo comentario que haría don Francisco de Quevedo: «Mira, San Lucas o quien sea, te ha librado de la porra, pero de este guantazo no te libra ni María Santísima.»

¿Está claro? La Iglesia, en sus niveles jerárquicos, respetables y serenos, tiene la palabra. Por mucha tradición que tengamos de extravagancias hay cosas —y la religión la primera de ellas— con las que no se puede jugar.

ROMERO

